

B.O.

FC-27

FC 27-11

SERMON

DE

NUESTRA SRA. DE COVADONGA

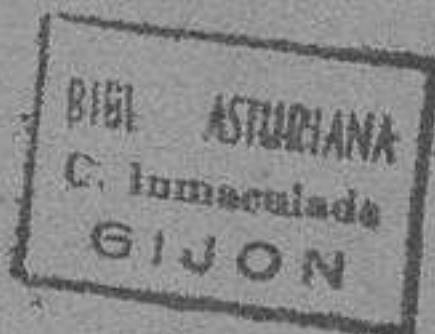
PREDICADO EN SU SANTUARIO

EL 8 DE SETIEMBRE DE 1885

POR EL

R. P. Joaquín Fonseca

De la Orden de Predicadores.



OVIEDO

IMPRENTA DE VALLINA Y COMP.

1885

SERMON

DE

NUESTRA SRA. DE COVADONGA

PREDICADO EN SU SANTUARIO

EL 8 DE SETIEMBRE DE 1885

POR EL

R. P. Joaquín Fonseca

De la Orden de Predicadores.

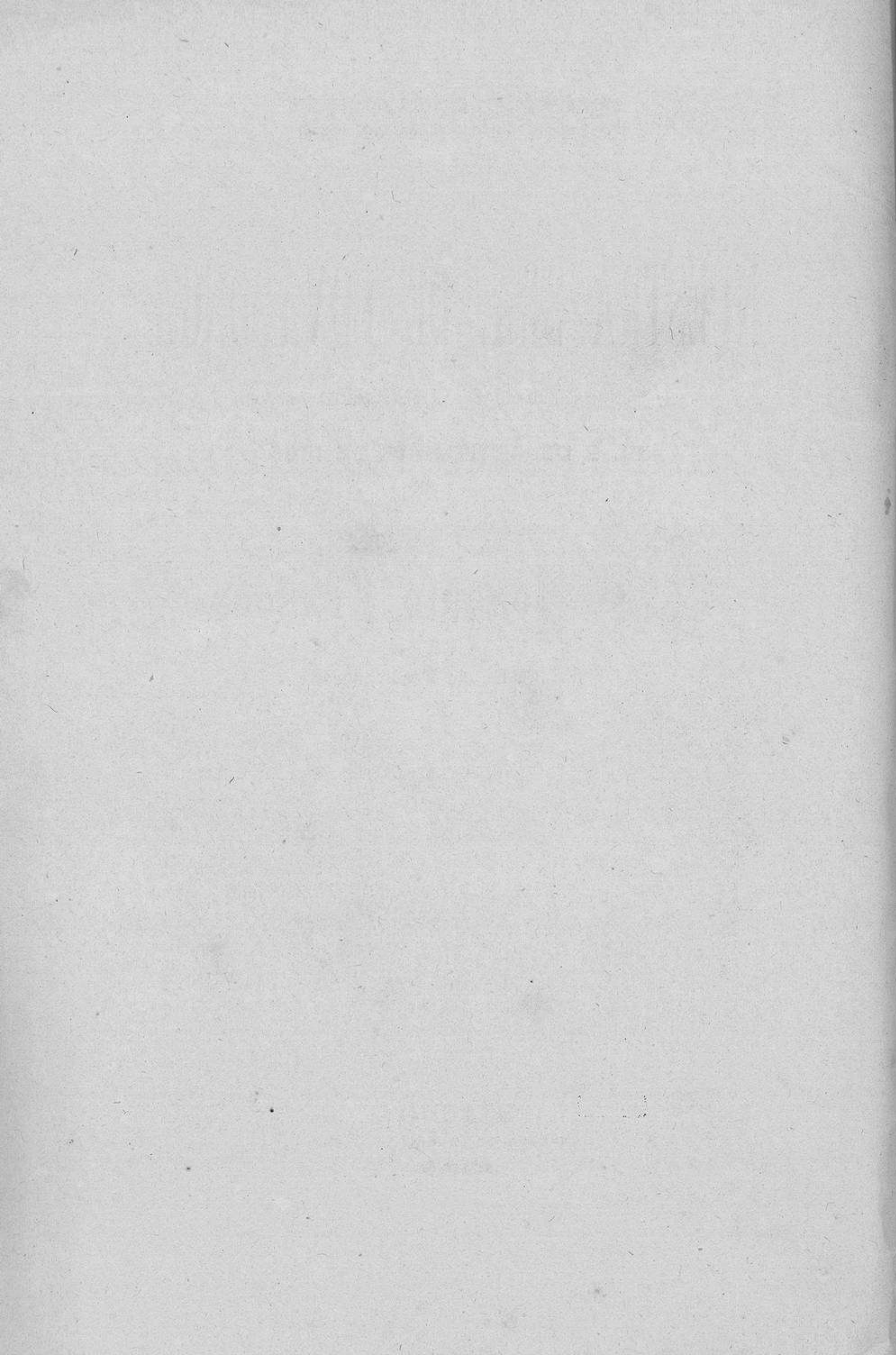


OVIEDO

IMPRESA DE VALLINA Y COMP.

1885

D. 571372



Cessaverunt Fortes in Israel, et quieverunt: donec resurgeret Debhora, surgeret mater in Israel. Judic. 5. 7.

ILMO. SEÑOR:



EL Santuario inmortal de Covadonga! Visitar personalmente el Santuario inmortal de Covadonga, y ver con mis propios ojos esta tierra sagrada y consagrada por una tradición de doce siglos no interrumpida jamás por las evoluciones sucesivas de los tiempos, hé aquí el sueño dorado de mi vida y la eterna aspiración de mis deseos. Y aunque hijo de esta provincia y de este pueblo, cuyas glorias inmortales enloquecen de entusiasmo á todos los patrios bien nacidos, nunca había tenido la dicha de poder realizar tan grato ensueño. Aún por esto soy deudor de la más expresiva gratitud al ilustre Prelado que nos honra aquí con su pre-

sencia, y que puso en mí sus ojos para confiarme hoy el gran mensaje de la palabra de Dios en este célebre Santuario, sin tener en cuenta para nada la oscuridad y deficiencia del antiguo compañero de sus días.

Pero, de qué lenguaje, de qué idioma podría yo valerme, en este instante, para expresar los pensamientos, las impresiones, los recuerdos que iban surgiendo de mi alma al acercarme á estos sitios, donde me parecía ver por todas partes la sombra gigantesca de Pelayo que discurría vagarosa por las vertientes del Auseva? ¡Qué cuadro tan asombroso! Una montaña imponente que se levanta á nuestra vista coronada de leyendas y de fantasmas inmortales, que vagan por estas cumbres para terror de un siglo incrédulo; una gruta misteriosa, donde están escritas y selladas con caracteres de sangre las hazañas nunca vistas de generaciones belicosas que por desdicha de la pátria, van desapareciendo finalmente de nuestro linage celtibérico; una imagen taumaturga de la Virgen que, en ocasiones supremas, sabe poner en juego los recursos de su omnipotencia suplicante, é interesar á los cielos en favor de nuestros lares oprimidos por las hordas agarenas; un pontífice, por fin, un altar, un sacrificio, para conmemorar este portentoso, y en derredor la España entera, representada aquí por un gran pueblo que acude presuroso á prosternarse ante las aras de María para depositar en sus altares los votos de su religión y de su pátria, hé aquí un espectáculo sublime que no es posible describir con su verdadero colorido. Ningun país de la tierra, ninguna suerte de razas ó naciones ha registrado jamás en sus anales un hecho tan inaudito y tan sobre toda manera sorprendente, como el que la España católica

y monárquica viene á recordar eternamente en este monumento de su gloria. Inspirados estuvieron, á no dudarlo, nuestros padres al consagrar en sus fastos religiosos este dia para conmemorar el gran suceso que libertó á nuestra prosapia del ominoso yugo sarráceno.

En efecto, señores, al celebrar hoy la Iglesia Santa la aparición radiante de la aurora que anunciaba ya cercano el verdadero sol del mundo; al solemnizar el gran misterio realizado por Dios en el nacimiento augusto de la Vírgen que, en su calidad de madre y corredentora de los hombres, venía á romper en cien pedazos las cadenas de nuestra antigua servidumbre; al reconocer, en fin, el concurso omnipotente que intervino en la reconquista portentosa de nuestra nacionalidad é independencia, debida visiblemente á la Vírgen tutelar de esta montaña, nada más propio y oportuno que celebrar la bella aurora de nuestra reivindicada libertad, en el dia señalado por la Iglesia para celebrar la aurora del gran dia, que hace recordar al mundo y á los hombres su redención universal.

Pero si toda generación y toda lengua saludan hoy alborozadas la Natividad augusta de María, como la aparición del arco iris en el firmamento de los cielos, ó como la reaparición del arca santa que debía salvarnos del diluvio en que había perecido toda carne, la España registra en sus anales títulos especialísimos para venir á prosternarse ante su cuna, en esta solemnidad aniversaria. De ningún modo mejor sería posible, en efecto, glorificar en nuestra pátria el nacimiento misterioso de la Vírgen, que viniendo á recordar en esta gruta los portentos realizados por su brazo para liberar á nuestros padres de la bárbara coyunda ismaelítica. Por

eso no vengo á hablaros hoy de otras tradiciones religiosas que hicieron de nuestra España el pueblo privilegiado de María. Ni aún siquiera hé de hablaros esta vez, de aquella predilección incomparable que la Vírgen manifestó á los españoles, cuando aún vivía en carne mortal, revelando á Santiago su propósito de fijar para siempre su mansión sobre el milagroso pilar de Zaragoza. Todo es bello, todo grande para la España católica, desde el punto de vista de su fé y de sus tradiciones venerandas. Hay, empero, señores, en la historia de nuestra querida pátria un hecho culminante, un hecho épico, digno de ser cantado por los ángeles sobre sus arpas de oro y que, por su carácter providencial y trascendente, domina todos los hechos de nuestra historia social, política, moral y religiosa; un hecho, en fin, que dió principio en esta gruta milagrosa á una epopeya inmortal de siete siglos, única, sin par y sin ejemplo en los anales del mundo.

Pues bien, católicos, yo vengo á hablaros de este hecho, de esta Iliada cristiana que libertó para siempre á nuestros padres del vergonzoso yugo mahometano. Y hé de probaros que el origen de nuestra reivindicada independencia y de todas las glorias españolas que fueron, andando el tiempo, el desarrollo de su historia, más que al esfuerzo titánico de una pequeña mesnada de valientes, debióse á su piedad y á su fe viva, que supo interesar en su favor la intervención visible de esa Reina que asienta su trono augusto en la cueva tradicional de Covadonga.

Indicando, por ende, el pensamiento que me propongo desenvolver en mi discurso me considero y reconozco muy por debajo de mi objeto, y no me atrevería siquiera á contemplarlo en

su grandeza inmensurable, sinó confiase humildemente en la asistencia del espíritu divino que espero me ayudaréis á implorar con eficacia por la intercesión omnipotente de la Virgen á quien saludaremos reverentes con las mismas palabras del Arcángel. = *Ave María.*

Cessaverunt fortes in Israel, et quieverunt: donec resurgeret Debbora, surgeret mater in Israel. Judic. 5. 7.

ILMO. SEÑOR:

SINE religione, quid sunt regna, nisi magna latrocinia? Estas palabras católicas, repetidas en diversas formas y pasajes por los Santos Padres de la Iglesia, y cuya verdad reconocieron los mismos filósofos paganos, nos recuerdan una ley providencial siempre constante en la historia de la humanidad y de los pueblos. Y esta ley, señores, es la base, la manifestación, más bien, de la justicia de Dios, ó sea la expiación que sigue al crimen de los individuos y los reinos que abandonan á Dios en sus caminos (*2 Paral. 15. 2.*)

Más, ¿qué es lo que veo en este instante? Me parece que una sombra ha cruzado en este momento por delante de mis ojos interponiéndose

á la luz que se refleja débilmente en mis pupilas. Yo me creo trasportado, como por encanto, á una montaña cuya nebulosa frente oculta el cielo. A mis piés veo rodar, con vertiginosa rapidéz, las generaciones y los siglos, y al revolver presuroso de los tiempos, van desfilando, uno en pós de otro, los famosos capitanes y los emperadores y los reyes. A mí mente arrebatada se revelan, en este punto, los orígenes de las primeras sociedades y los factores y las causas que determinaron moralmente su engrandecimiento y su caída. Yo veo, en fin, que á un sólo «hágase,» arrojado de lo alto por la palabra de Dios, ó sea su Verbo, desaparecen del mundo los imperios y las monarquías más robustas cuando, por su degeneración y sus maldades, ya no responden á los fines de su divina misión sobre la tierra. Desde esta montaña sibilítica, yo contemplo también la España gótica, su origen, su engrandecimiento y su castigo, provocado, á la postre, por sus crímenes, que fueron también la causa de su decadencia bizantina. ¿Quién hubiera podido, en efecto, imaginarse aquella inmoralidad inverecunda, sentada, para vergüenza de las gentes, sobre el trono inmortal de Recaredo? Aquél D. Rodrigo, aquélla Cava, D. Opat, aquél traidor alevoso agoviado por los siglos bajo las maldiciones de la pátria? Todas estas figuras se retratan, en este momento, en mis pupilas, que se cierran y recogen instintivamente por no ver abominaciones tan horrendas. (*)

(*) Escusado es advertir, que estando basado este discurso en una tradición pátria, sería una petulancia el exigir, en todos sus detalles, aquélla rigurosa exactitud que habría derecho á demandar en una disertación crítica. (Nota del autor.)

Quando las sociedades y los pueblos se arrastran, de esta manera, por el fango asqueroso de los vicios, y acarician en su seno corrompido tan torpes concupiscencias, puede asegurarse, desde luego, que está cercano su fin, y que la ira de Dios vá á desbordarse, muy en breve, sobre su cabeza delincuente. ¿Por qué desaparecieron de la escena, en otro tiempo, la prostituta Babilonia y la pecadora Ninive y las antiguas civilizaciones de Oriente? ¿Porqué bajaron á la tumba las repúblicas famosas de la Grecia, de Roma y de Cartago, y en pós de ellas los imperios más poderosos de la tierra?

Más, escuchad, que ya ha tronado la cólera de Dios en las alturas... Ya los hijos del desierto se precipitan al mar con sus bajeles, para caer, como bandadas de verdaderos buitres africanos, sobre las indefensas playas españolas. Ya, en fin, la raza de Agar ha hollado, con planta impura, el pátrio suelo, alzando sus pabellones sobre las arenas de la Bética. ¿Y habrá de sufrir el pueblo hispal tan torpe afrenta? Despertad, oh génios de la pátria! que dormís en el sepulcro el sueño de la inmortalidad y de la gloria. Levantáos de la tumba, oh Viriato! y vosotras, sombras aterradoras de Numancia, de la Cantábria y de Sagunto, no permitáis que raza alguna de la tierra imponga su yugo infando á vuestra pátria, á aquella pátria inmortal que, penetrada de vuestro espíritu indomable, hiciera temblar al Capitolio sobre la roca Tarpeya. Resurgid, sí, de la tierra, oh vencedores de Roma y de Cartago, terror de los Escipiones y de los Asdrúbales y Aníbales, y venid á libertar vuestros hogares de la vergonzosa coyunda de Ismael.

Más en vano despierta, al fin, de su letargo,

el voluptuoso monarca de Toledo, y presentó, enseguida, la batalla á las aguerridas huestes agarenas que habían tomado posiciones á orillas del Guadalete. Jamás habían presenciado sus riberas una lucha tan feroz por la existencia de un gran pueblo. Jamás había teñido sus raudales tanta sangre: jamás habían arrastrado sus corrientes tanto escudo, tanta armadura, tanto hierro, tantas víctimas, en fin, de la desesperación y de la muerte. Pero que no se ufane de su triunfo el vencedor de D. Rodrigo; que no fué ni su valor ni su fiereza la que humilló la cerviz del pueblo hispano en los ominosos campos de Jerez. La monarquía visigoda, en su corrupción y en su agonía, no peleaba contra el Africa, á quien le hubiera sido fácil arrojar de las playas españolas, aún en su estado decadente: sinó que peleaba contra Dios que se había declarado su enemigo y había decretado exterminarla, para barrer sus inmundicias de la tierra. Seis días de horror y sangre, seis noches con seis auroras de matanza sin descanso y sin punto de reposo, no bastaron para purificarla de sus crímenes, y sucumbió finalmente bajo la espada desenvainada del Eterno; que no bajo el filo ensangrentado del corvo alfange damasquino.

Dios santo! Dios vengador y Dios tremendo! Y caben, por ventura, tanto enojo, tanta indignación y tanta ira en los cielos generosos? ¿Acabáronse, por fin, para nosotros, para los pobres y desgraciados españoles, aquellas misericordias, siempre vuestras, siempre antiguas (a) que se complacía en cantar el Rey profeta sobre la cumbre de Sión? ¿Condenaréis, por acaso, á vuestro pueblo, al pueblo de San Hermenegil-

(a) *Psalm.* 88. v. 50.

do y Recaredo, á la vergüenza de arrastrarse, como un mísero reptil, bajo las plantas de los enemigos de la Cruz? ¿O permitiréis, tal vez, que vuestro nombre inenarrable sea escarnecido y blasfemado por los adoradores de Mahoma, en la pátria de los Isidoros y Leandros, y de los grandes Fulgencios y de los Ildefonsos inmortales? ¿Y sufriréis, en fin, Dios bondadoso, que sean profanadas vuestras aras, allanados vuestros templos, dispersos vuestros sacerdotes y violadas, en todas partes, vuestras vírgenes, por las desenfrenadas hordas agarenas?

Pero no, que ya se oye resonar por estos valles el grito de nuestra libertad é independencia. Ya el héroe legendario del Auseva ha abrazado su broquel desenvainando su espada esterminadora, para vengar de tanto oprobio á los manes irritados de la pátria. Ya, en fin, el génio inmortal de Covadonga, el gran Pelayo, ha sido alzado, por aclamación, en su pabés y proclamado rey de España por los nobilísimos astúres que le hicieron aquí pleito homenaje, convirtiendo en escabel de su trono aqué escudo que sólo tenía por divisa el signo augusto de nuestra redención santa.

Pelayo! Hé aquí el nombre glorioso, el nombre mágico que, enseguida, repercutió de peña en peña y de montaña en montaña, despertando por do quier los ecos dormidos de estos valles. Pelayo! repitieron estas rocas, estas cascadas y estos montes; y Pelayo! sonaron las cavernas y las gargantas del Auseva! Hé aquí el héroe providencial, el génio épico que necesitaba nuestra España en su profunda humillación. Hé aquí el gran rey, el gran caudillo que Dios tenía reservado en los tesoros de su misericordiosa providencia, para salvar á nuestra

pátria de la vergüenza en que yacía. Príncipe, dinastía y feudo del infortunado D. Rodrigo, era el único vástago de su sangre que se había preservado felizmente de la corrupción inmensa de su córte. De gallardo y apuesto continente, valeroso corazón y hercúleo brazo, y de mirada terrible y brilladora, como el rayo que hiende el firmamento en fragorosa tempestad, reverberaba en sus ojos la llama del génio que relampagueaba sin cesar sobre todos los horizontes de su grande alma henchida constantemente de levantados pensamientos. Uno empero, sobre todos, se imponía imperiosamente á su conciencia de rey y de cristiano, que era el salvar de aquél naufragio los restos flotantes de su trono, de su religión y de su pátria.

Pero de qué medios, de qué ejércitos, de qué elementos de guerra disponía aquél génio extraordinario, para atreverse, siquiera, á concebir la audaz empresa de resistir y de hacer frente á todos los ejércitos del Africa que, en son de guerra y de conquista, habíanse ya apoderado de todas las plazas españolas? Algunos astúres aguerridos, algunos nobles caballeros, á duras penas escapados de la tragedia universal del Guadalete, algunos bravos, en fin, pocos en número, bisoños, la mayor parte, en el manejo de las armas, que de las provincias y confines inmediatos habíanse refugiado á estas montañas, como al baluarte más seguro para defender su independendencia, hé aquí todo el grueso de las fuerzas que habían respondido al llamamiento del monarca visigodo. Total, un puñado de valientes, sin arte y sin experiencia en los ardidés de la guerra, con ejércitos inmensos que, desde los últimos confines del Yemen y de la Arabia, venían atravesando los desiertos en bus-

ca de las fronteras españolas, para invadirlas é imponerlas el yugo avasallador de sus califas: ejércitos avezados al fragor de los combates y ceñidos, finalmente, con el laurel de la victoria en los campos de Jeréz y de Sevilla, de Córdoba, de Granada y de Toledo.

Más, el Aquiles cristiano, el campeón de su Dios, de su religión y de su pátria, sabía bien que la victoria no se alcanza por la multitud de los ejércitos, sinó que la fortaleza descende directamente del Altísimo, para quien no hay diferencia entre los muchos y los pocos (a) y le es igualmente fácil el vencer á los enemigos del Santuario, con pocos ó con muchos hijos de Israel.

En efecto, católicos, era fama y tradición autorizada por antiguas creencias populares, de que en la gruta misteriosa de María se veneraba, desde antiguo, una imágen devotísima de esta divina Señora, que es la misma efigie taurmaturga que hoy recibe allí nuestras ofrendas, ex-votos, adoraciones y plegarias. Y diz que el gigante del Auseva profesaba una devoción singularísima á esa imágen milagrosa, por algunos beneficios recibidos anteriormente de su gracia. Pues bien, amparado con fé viva de su protección y su favor, el campeón de la Cruz había confiado el éxito y la suerte de las armas á la Vírgen maravillosa de la cueva, que era su escudo y su esperanza. Ocupábase el héroe en su oración, prosternado humildemente ante la Vírgen milagrosa, cuando hé aquí que, de repente, se oye resonar en estos valles el estruendo de las armas y el alarido marcial de los combatientes. Herido, en efecto, en lo más vi-

(a) 1.º *Machab.* 3.

vo, el orgullo mahometano, al ver que un dinasta desvalido y casi prófugo de la monarquía visigoda pretendía allegar y recoger los restos de su trono ya sepulto en los campos ensangrentados de la Bética, y aún osaba enarbolar la bandera de su libertad é independencia, contra la dominación de los califas y de sus invictos capitanes, comprendió la necesidad de sofocar en su origen aquél primer movimiento de reacción nacional, antes que el grito guerrero de Pelayo se comunicase á otras provincias, y despertase de su sueño al león dormido de Castilla. Era, pues, necesario al gran caudillo de las huertas agarenas asegurar bien el golpe en esta jornada del Auseva, para privar á nuestros padres de esta última esperanza, y al efecto se presenta de repente delante de Covadonga con ejércitos inmensos que, al referir de nuestras crónicas, cubrían todas las angosturas de estos valles y todas las vertientes de estos montes. No fueran más numerosas las huestes aliadas de la Acaya que espugnaron los valiosos muros de Ilión, que las del ejército africano encargadas de acometer y debelar el baluarte inmortal de estas montañas, reducido á una gruta custodiada por los génios de la religión y de la patria.

Avergonzado Alkama de venir á las manos con Pelayo y de presentarle la batalla con fuerzas tan desiguales, le envía á su deudo, el traidor Opas, para parlamentar con nuestro Príncipe y hacerle comprender el loco empeño de una resistencia, más que inútil, imposible y necesariamente desastrosa. Pero ni el caudillo mauritano ni su odioso y execrable mensajero habían contado, para nada, con la divina Providencia que dirigía secretamente aquella

empresa, bajo la protección y los auspicios de la Virgen tutelar que la amparaba desde su trono de la gloria.

Rechazado, pues, aquel mensaje con una indignación santa, el rey godo se prepara á la defensa más heróica, y se hace fuerte en la gruta con sus astúres valerosos, para defender á todo trance el alcázar sagrado de María. Ya había ordenado y dispuesto, de antemano, que el resto de su mesnada belicosa tomara posiciones estratégicas sobre las cumbres inmediatas, para caer á su tiempo, como avalanchas espantosas, sobre las aterradas huestes de Ismael.

Pero oid, que ya ha sonado la voz temerosa del combate. «Al asalto de la gruta,» repite una y otra vez con voz de trueno el general africano. Pero la boca de la gruta estaba defendida, en primer término, por el campeón inmortal de Covadonga, que con *la cruz de la victoria* en una mano, y blandiendo con la otra su espada exterminadora, semejaba, en cierto modo, al ángel aterrador del Paraíso que, con su espada de fuego, veda la entrada en el Eden á los destruidos por Dios de sus umbrales (a) en vano se alzan, á la vez, todos los brazos musulmanes tendiendo el arco y la flecha á los defensores invencibles de la gruta. Un hecho portentoso nunca visto en los fastos sangrientos de la guerra tuvo lugar entónces en la cueva, según la tradición de nuestros padres. Vióse, en efecto, con espanto, que los dardos y las flechas arrojados por las hordas mauritanas contra los paladines de la cruz, retrocedían en su curso como al toque de alguna mano invisible, que los hacía revolver sobre los mismos agarenos que los ha-

(a) Genes. 3. 24,

bían lanzado de sus arcos, y que sucumbían desesperados, víctimas de sus propias armas y furros. En vano los más valientes y aguerridos trepaban animosos por la roca, para apoderarse, á viva fuerza, de aquel baluarte milagroso: en todas partes encontraban la espada exterminadora de Pelayo que los hacía rodar desde lo alto, sin aliento, sin vida y sin cabeza.

Al observar el gran caudillo, que un poder invisible y superior intervenía en la batalla y se declaraba á su favor, se precipita veloz, desde la gruta, en medio de sus mismos enemigos, y tomando la ofensiva en el combate, cae repentinamente, como un rayo, sobre las espantadas huestes mauritanas; en tanto que las fuerzas y mesnadas españolas, que coronaban las cumbres del Auseva, arrojaban sobre los enemigos de la pátria troncos y peñascos formidables que trituraban sus huestes en las estrechas gargantas de estos montes. En vano intentaron escapar de tanto estrago trepando por las vertientes de la sierra: la cólera de los cielos los perseguía por todas partes, y arrancando las montañas de su asiento, según la tradición antigua de estos valles, las desplomó con estruendo sobre los desgraciados fugitivos. Cuánto exterminio! ¡Cuánto horror! Cuántas víctimas, en fin, y cuánto estrago! Por vanguardia y retaguardia y por los flancos, las iras del cielo y de Pelayo los cercaban con un círculo de hierro, sin poder escapar de su furor.

Allí pereció la flor del aguerrido ejército africano. Allí mordieron el polvo los musulimes tan orgullosos de sus triunfos y de sus laureles anteriores. Allí cayó atravesado por la espada vengadora de Pelayo el valeroso Alkamá nunca vencido en los campos de batalla. Allí es-

piaron los traidores su deslealtad á Dios y al Rey por las manos vengadoras de la pátria. Allí se reivindicó toda la gloria de las armas españolas, con escándalo del mundo, oscurecida en los campos jerezanos. Allí se restableció, en fin, la monarquía tradicional del pueblo hispano y se dió principio á la epopeya de aquella raza titánica que, al rudo batallar de siete siglos había de hallar, por fin, su desenlace sobre los famosos muros de Granada, clavando allí para siempre el estandarte de la religión y de la pátria.

Llor y prez eterna á vuestro brazo, oh Virgen inmortal de Covadonga! Más poderosa tu sola que un ejército ordenado en forma de batalla, (a) á tí, no más fué debida la victoria en esta jornada gigantesca, en la que se libraban los destinos políticos y religiosos de un gran pueblo, que había puesto en tí sus esperanzas.

Más este no fué más que el principio de un gran fin, el alfa de una omega portentosa que debía engrandecer á nuestra pátria sobre todos los pueblos de la tierra. En efecto, señores, el empuje irresistible que el hecho providencial de Covadonga inspiró al génio guerrero de las invencibles huestes españolas, no podía detenerse sobre los muros de la Alahambra, y después de pasear sus estandartes victoriosos sobre toda la superficie de la Europa, hallaron estrecho el mundo antiguo á sus doctrinas inmortales. ¿Quién fuera el osado navegante que se atreviera á escribir el *non plus ultra* en las columnas gaditanas? Más fácil le fuera señalar sus aledaños al océano, y decir á sus olas irritadas: «Nunca pasaréis de aquí,» que detener al pue-

(a) Cant. 4. 4.

blo hispano ante esos juguetes levantados por la ignorancia de otros tiempos á la entrada temerosa del Atlántico. El movimiento poderoso y expansivo que la España victoriosa había tomado al verse libre é independiente del ominoso yugo mahometano, necesitaba un Colón que arrancase atrevido de su sitio aquella inscripción ignominiosa, y fuera á sorprender un nuevo mundo oculto en las entrañas del océano, como un secreto de la creación y de los siglos. Y Colón apareció en la escena histórica cuando era menester para la Iberia, y señaló con su dedo el nuevo orbe que Hernan Cortés se encargó de arrebatarse á las iras temerosas del Atlántico, añadiendo este florón á la corona de los reyes de Castilla.

Entonces fué cuando España, en el apogeo de su grandeza y de su gloria, tuvo hombres y monarcas tan gigantes y tan gloriosos como ella; como los grandes Gonzalos, las Isabelas Católicas, los Cárlos y los Felipes que dieron leyes al mundo, sin que el sol esplendoroso se pusiera jamás en sus dominios. Entonces fué cuando la España asombró al mundo por sus grandes capitanes y por sus cosmógrafos famosos, por sus sábios y sus artistas y sus vates que brillaron, como astros de primera magnitud, en el teatro, en la tribuna y en la cátedra. De buen grado llamaría vuestra atención sobre cada uno de estos astros que brillaron, brillan y brillarán eternamente en el firmamento de la pátria, si la índole especial de mi discurso me permitiera descender á estos detalles; pero más fácil sería encerrar todo el océano en un casco de avellana, que enumerar, uno por uno todos los géneos españoles que en las ciencias, en las artes y en la historia de la navegación y de la guerra han

asombrado al universo en los siglos de la fe que engrandecieron nuestra pátria, desde la epopeya inmortal de Covadonga.

Hé concluido, señores: creo haber demostrado mi propósito, cual era el probaros que el origen de nuestra rescatada libertad y de los grandes destinos de España contenidos, como en gérmen, en el hecho providencial de Covadonga, más que al esfuerzo titánico del más grande de los héroes, debióse á su piedad y á su fé ardiente que supieron interesar en su favor la intervención visible de esa Reina que asienta su trono augusto en esta gruta portentosa. Para comprobar esta verdad, háme bastado trazar á grandes rasgos el bosquejo de unos hechos que nos legaron nuestros padres, por una tradición de doce siglos. Testigos, en efecto, de estos hechos, fueron las generaciones que pasaron y que vinieron á rendir, como nosotros, el tributo de su gratitud y de su amor á la Vírgen milagrosa de la cueva. Testigos esta montaña y esta gruta que presenciaron un hecho tan inaudito y estupendo. Testigos estas rocas que temblaron al espantoso fragor de la batalla. Testigos estos valles, estos peñascos y estos montes que se estremecieron por su base, al retemblar de los aceros que chocaban con violencia arrojando de sus filos vivas llamas. Testigos esta cascada bramadora y este espumoso torrente y sus raudales que se tiñeron y acrecentaron con la sangre de la raza aborrecida de Ismael. Testigo, en fin, esta basílica, este soberbio monumento nacional que principia á levantar su erguida frente sobre esta célebre montaña, para recordar al mundo esta epopeya en su escultura bizantina, y dejarla escrita en piedra á las generaciones venideras. Llor eterno á los Prelados

que han concebido la idea de inmortalizar aquí la historia de nuestra independencia civil y religiosa, por medio de una creación escultural que las trasmite á las edades futuras y que, por su grandeza, corresponde á su alta significación y á su destino. Pluguiera á Dios, algún día, que la nación española y que sus hijos se inspirasen altamente en su religión y patriotismo, para traer su concurso á este monumento de su gloria, facilitando recursos al Prelado que, con tan escasos elementos, se ocupa en llevar á cabo la bella y admirable construcción de este Santuario.

Sólo me resta añadir una palabra que se desprende por sí misma de la íntima estructura y constitución de mi discurso. Hemos visto lo que pudieron nuestros padres, lo que pudo la España visigoda, aún en su estado de esclavitud y de impotencia, cuando Dios se declaró en favor de nuestra libertad y de nuestra pátria, bajo el amparo tutelar de la Vírgen milagrosa del Auseva. Ellos nos trazaron el camino del honor y nos enseñaron el secreto de vencer á los enemigos de la pátria, por poderosos que ellos sean; porque la victoria no se alcanza por la multitud de los ejércitos, sinó que descende de lo alto, y el cielo es el que otorga sus laureles. No olvidemos que la pátria es una entidad indivisible á los ojos de la dignidad y del deber, y que el que atenta á un sólo punto de su integridad y sus dominios, ataca á la nación entera en sus derechos y en su honor. Y este baldón eterno de ignominia arrojado á la faz de nuestra pátria, no se puede lavar sinó con sangre, si es que aún late en nuestras venas la sangre generosa de Pelayo. Sólo una degradación abominable, una traición criminal y manifiesta á los manes sagra-

dos de la pátria podrían transigir con esa afrenta. Que no tenemos medios materiales, ni hoy se encuentra España en condiciones de sostener una guerra con naciones que disponen de grandes recursos militares. Y ¿hemos de sufrir por eso, que nos pisen como reptiles que se arrastran por el fango de la tierra? Si el héroe inmortal de Covadonga se hubiera inspirado, por desgracia, en este razonamiento, al ver á su pátria esclavizada por la invasión sarracena, y sin más ejércitos ni escuadras que una pequeña mesnada de valientes, apenas conocedores del arte y del manejo de las armas, ¿habría salvado á su pátria de la vergüenza y del oprobio en que yacía? Cuando se defiende buena causa y se está en posesión tranquila de la fuerza santa del derecho, hay que luchar, á todo trance, contra el derecho de la fuerza, fiando á Dios el resultado de la lucha, como el campeón glorioso del Auseva, en su jornada inmortal de Covadonga. ¿No es, por ventura, también la causa de Dios y de su Cristo la de la religión y de la pátria? Pues muramos, si es preciso, en su defensa y dejemos á Dios que nos corone con la corona de los mártires, antes que nos deshonremos para siempre desgarrando nosotros mismos la bandera que Pelayo tremoló sobre estas rocas. ¿Acaso el Dios de Pelayo, el Dios que abatió en esta montaña la soberbia de Ismael, no es ya, por desgracia, nuestro Dios? Y la Reina de los cielos, que miró siempre á nuestra España como á la pupila de sus ojos, y que tiene su morada en la gruta inmortal de Covadonga, ¿no es ya, por mal pecado, nuestra Reina? Y ¿no está ahí el pueblo español, dispuesto á inmolar sus intereses y su sangre sobre las aras de la pátria, en defensa de su honor, de su integridad y sus do-

minios? Pues, qué falta aquí para volver por los fueros intransigibles de nuestra honra nacional, sin la que no es posible la vida de un pueblo hidalgo y digno siquiera de sí mismo? Bien sé que la misión mia es misión de paz y no de guerra, y si fuera posible reivindicar nuestros derechos, sin apelar á las armas, me congratularía de ello, en gran manera.

Más yo quisiera saber cómo la España Católica ha caído tan abajo del alto pedestal de su grandeza. Quisiera yo saber las causas, el cómo y el por qué ha sido, que los gigantes españoles, que eran el terror del mundo en los siglos xv, xvi y xvii, se han convertido en pigmeos á los que todas las razas y naciones de la tierra puedan hoy insultar impunemente. Oh pudor, oh vergüenza de la pátria de los Recaredos y Pelayos y de los Reyes católicos! Pero ya es dicho, señores, y os lo he probado en mi discurso: á los crímenes de un pueblo siguen siempre muy de cerca los azotes de la divina Providencia, que es la ley indeclinable del resto en toda sociedad constituida. El espíritu religioso de otros tiempos, el espíritu de piedad, de religión y de creencias que informaba otras edades más venturosas que la nuestra, espiritualizaba, en cierto modo, y engrandecía á nuestra pátria sobre todos los pueblos de la tierra, colocándola á la cabeza del mundo civilizado: en tanto que la impiedad y el sensualismo que se han apoderado tristemente de las modernas sociedades nos han degradado y sumergido en la abyección más profunda materializando y corrompiendo todos nuestros pensamientos. Y ahora me dirijo, sin reserva, á todos los prevaricadores de la ley. A vosotros, grandes y pequeños, pobres y ricos, sábios é ignorantes, á todos soy deudor de mi

palabra como el apóstol de las gentes (*a*): á todos os recuerdo y amonesto, que elevéis una mirada temerosa á los cielos irritados, y veréis desenvainada sobre el mundo y sobre la España especialmente, la espada exterminadora del Altísimo. Procurémos todos aplacar su justo enojo con obras y frutos de una verdadera penitencia, si queremos que desvíe de nosotros los rayos de su venganza y de su ira.

Pero, quién sinó vos, Vírgen bendita, podrá desviar de nuestra pátria el azote vengador de un Dios airado? Vos que, cual torre de David, de la que penden mil escudos y toda la armadura de los fuertes, (*b*) y más poderosa, en fin, que un gran ejército ordenado en forma de batalla, (*c*) habéis librado á vuestra España de la ominosa coyunda de Ismael; Vos que inspirásteis, más tarde á nuestros padres el valor indomable de otros tiempos, para proclamar aquí de nuevo su gloriosa libertad é independencia contra Napoleón, el grande, y sus legiones; Vos, en fin, que, de abolengo, habéis mirado á nuestra pátria, como á un pueblo todo vuestro que os pertenece realmente por un derecho simultáneo de herencia de adquisición y de conquista, no le abandonéis ahora que ha caído, por desgracia, en las manos irritadas de Dios vivo. Y para que, por su parte, se haga digno de alcanzar mejores dias, haced que abdique sus errores y que se arrepienta fielmente de sus culpas. Unica esperanza que nos queda de rehabilitarnos moralmente, por los méritos de vuestro Hijo Santísimo, para poder asociarnos algún dia á los coros celestiales y cantar eternamente vuestras glorias en la Jerusalén Santa.

(*a*) Roman. 1. 14. (*b*) Cant. 4. 4. (*c*) *Ibid*, 6. *ut supra*.

